

EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL ARTÍSTICO-LITERARIA.

DIRECTOR

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

EDITOR PROPIETARIO: ANGEL CUADRADO.

REDACCION, ADMINISTRACION É IMPRENTA PLAZA MAYOR, NÚMERO 20.

EN CIUDAD-RODRIGO UN TRIMESTRE 6 RS., FUERA 7 IDEM., SEIS MESES 12 IDEM., UN AÑO 22 IDEM.

SUMARIO.—I. *El capricho, Sofia Tartilan.*—II. *El dedal, Dionisio J. Delicado y Rendon.*—III. *¡Todo negro! Antonio Jimenez Verdejo.*—IV. *La patria, Francisco Jimenez Campaña.*—V. *En la puerta del sol, Rafael Quiutana Medina.*—Noticias.—ANUNCIOS.

LITERATURA.

EL CAPRICHIO.

Difícilísimo, si no imposible, sería querer analizar este sentimiento que algunas veces, se apodera del espíritu, otras de la inteligencia, y no pocas de la materia, obligándonos á obrar contra nuestra voluntad, y contra lo que forma el hábito general de nuestro carácter. A primera vista nos parece que el capricho debería ser una cosa lijera, sin fuerza de resistencia para desviar el pensamiento ó la voluntad de la linea fija que tenia marcada, é impedirnos que llegáramos á la meta que nos habíamos propuesto.

Cuando queremos calificar algo de frágil, de lijero y quebradizo, lo apellidamos capricho. Si deseamos pintar un humor poco estable, una voluntad vacilante, un espíritu mudable y veleidoso, decimos que es un sér que obedece sólo al *capricho*. Porque la fortuna niega hoy sus favores á los mismos que ayer se los concedia, la llamamos caprichosa; y lo propio hacemos al mirar uno de esos inesplicables contrastes que la naturaleza nos ofrece con harta frecuencia, y que en realidad no tienen otro nombre aplicable que el de caprichos. Con efecto, caprichos tiene el arte, y en una y en otro, si no son lo más bello, suelen ser lo más encantador, pues cuando así no sucede, los tratamos de caprichos extravagantes, y estos son los ménos en número.

Por punto general la calificación que se dá al capricho es inexacta, y muy poco conforme con su naturaleza. Creemos al capricho frágil, porque nace de un momento de fantástica alucina-

cion moral ó física y, sin embargo, resistid á un capricho y le convertireis en deseo, pero en deseo tenaz, absoluto, avasallador; por poco que esa resistencia dure, concluirá por dominaros de tal manera, que llegareis á figuraros que, de su satisfaccion, depende una parte de vuestra felicidad, ó por lo ménos de vuestra tranquilidad. A la manera de esas lianas de América, que son más resistentes, cuanto mayor es su flexibilidad, cuando un capricho parece más fútil y pequeño, es cuando más se resiste á desaparecer.

Tan encarnado se halla este sentimiento en nuestro sér moral, que nos hace ser indulgentes con los otros de una manera injusta y poco equitativa. Prontos á resistir á un deseo razonable, expresado por cualquiera de los seres que nos rodean en la vida íntima, ó en el trato social, cedemos fácilmente cuando se trata sólo de un capricho, creyendo realizar un acto de escasisima importancia, siendo así que muchas veces, implica consecuencias trascendentales.

La mujer, ese pequeño tirano de la vida, ese hermoso error de la naturaleza, esa bella mitad del género humano, de quién tantas cosas buenas y malas se han dicho, y de quien tantas se dirán aún, sin que por eso creamos que se la ha llegado á conocer y definir con exactitud; la mujer es el más perfecto resúmen del capricho, que parece encarnado en ella de un modo absoluto.

Segun las apreciaciones de un sábio y de más de un filósofo, tanto antiguos como modernos, la mujer, no vive sinó del capricho. Por capricho ama; por capricho aborrece; el capricho preside á todos los actos de su vida moral y material, desde los afectos más íntimos y tiernos,



hasta los más nimios detalles de su vestido. Y, sin embargo, nada más seductor que esos caprichos manifestados entre una sonrisa y una lágrima. ¿Quién resiste á un capricho que se escapa de unos labios rosados envuelto en un beso?

Si lo que la mujer pide es justo, si es un deseo razonable, entónces se hace necesaria la discusión ántes de negar ó conceder. Pero sólo se trata de un capricho, es decir, de una cosa fútil, ligera, sin importancia, casi sin nombre: en ese caso, otorgado; y de este modo, de concesion en concesion, se vá labrando la larguísima cadena en la cual queda aprisionada la voluntad.

El capricho es indefinible, incalificable; y de estas cualidades nace precisamente todo su poder. No tiene nombre, ni naturaleza propia: no se le vé, no se le toca, se le siente, se le aspira con el ambiente que llena nuestros pulmones; se infiltra en nuestro sér con el calor del sol, con los cambiantes de la luz, con la armonía del aire.

En la moda, el capricho, es un pliegue, una cinta, un lazo. En la naturaleza es un arbusto inclinado, una flor matizada de una manera extraña, un peñasco que afecta una forma especial, un ave cuyo gorjeo nos choca al oído; un arroyo que teje sus madejas cristalinas con extraño murmurio; una roca que proyecta una sombra fantástica; un algo, en fin, que no es lo grande, lo bello; pero que cautiva, que atrae.

¿Y en el arte? ¿Quién no ha contemplado mil veces los caprichos del arte? En todas las manifestaciones del arte, en todos sus ramos, el capricho aparece mezclado á lo sério, como esas hojas quemadas por el sol que se destacan de las frescas ramas de un árbol, haciendo que resalte más su verde de esmeralda. En la poesía, la música, la pintura, la escultura, hay rimas, notas, figuras, grupos, paisajes á los que sólo ha presidido el capricho. En pintura, contemplad esas figuras, esas concepciones, que no son ideales, ni reales, ni mitológicas; esos grupos deliciosos de flores ó de frutas, de pájaros, de niños: aquí un arbusto, más allá una roca; á lo lejos el mar, el cielo; una luz que no es de la aurora, que no es de la tarde, que tampoco representa al sol en el zénit, pero que tiene tintas deliciosas, indefinibles, llenas de encanto; y éste todo ¿que es? Un capricho de artista.

Mirad la escultura ¡qué de fantásticas quimeras! Ángeles, mónstruos, arbustos, columnas truncadas, chapiteles derribados, arcadas rotas, luehas de niños y gigantes, aves, animales, rocas; todo amalgamado, confuso, informe, ornando los muros, las ojivas, los arcos, las columnatas, las cornisas, los frisos, ese mundo, en fin, que constituye las antiguas catedrales; y esto ¿qué es? Un capricho de artista, pero capri-

cho que arroba, que confunde, que subyuga, quizá más que la grandeza misma del monumento sobre que está esculpido.

¿El capricho es un bien? ¿es un mal? No sabremos decirlo. Le encontramos dominando en algunos momentos casi en absoluto; y entónces creémos que es absurdo el consentir su tiranía. Llega otra época en la que no aparece sino como un meteoro, como una luz fugitiva que ilumina por un momento la severa oscuridad de las acciones, de los deseos, de las aspiraciones absolutas, y nos parece aceptable su yugo; pero de cualquier manera, es necesario confesar que, como enemigo, no poseemos armas contra él, y que nos subyuga á nuestro pesar, porque tenemos del capricho formado un juicio erróneo, inexacto.

En nuestros dias es, precisamente, cuando el reinado del capricho pareco tener más sólidos cimientos. Las dudas, las vacilaciones, la inestabilidad que caracteriza nuestros actos en política, en ciencias, en literatura, en artes y en filosofía, dan á la época presente un marcado carácter de caprichoso. Miéntas el capricho nos domine tan en absoluto, miéntas no sepamos dejarle solo esa pequeña parte que debiera ocupar en el espíritu, para servir de contrapeso á la gravedad de los pensamientos y de las acciones que deberíamos combatir. Pero ¿quién se atreve á destruir su encanto? Ante todo, y sobre todo, para vencer á un enemigo es necesario conocerlo, haberle definido, estar seguros de su naturaleza. ¿Quién podrá decirnos en lo que consiste y qué cosa es el capricho?

SOFÍA TARTILÁN.

EL DEDAL.

—Lectoras, ¿sabeis lo que es el dedal?

—¿Qué ocurrencia! ¿No hemos de saberlo, señor articulista? El dedal es un instrumento hueco, de marfil, acero, plata ó cualquier otra materia, que colocamos en el dedo de enmedio, para empujar la aguja é impedir que nos hiera al tiempo de coser.

—¿Y nada más?

—Nada más, me contestareis sonriéndoos, porque mis preguntas os parecen pueriles, y á fé que en ello os equivocais de medio á medio, lindísimas lectoras, porque ese utensilio tan vulgar y en el que tan poco reparais, es el premio concedido por la Providencia á la virtud de una mujer.

Ahora, seguro estoy de haber despertado vuestra curiosidad y de que á vuestra vez me preguntais.— ¿Cómo puede ser eso?

—Eso es una historia completa y si dejais un momento la costura para atenderme, os la contaré.

I.

Habia en otro tiempo, no sé en que país, una

muchacha de quince años, linda como un capullo de rosa. Berta, que así se llamaba, era una loquilla que corría por el bosque como una corza, ó ya se entretenía cortando en el prado amapolas y violetas, menos rojas las unas que sus labios, casi tan azules como sus ojos las otras, para entrelazarlas á sus rubios cabellos y engalanada de este modo, ir á mirarse en el remanso del arroyo.

El padre de Berta era armero y trabajaba en la forja, su madre hilaba, y ambos la dejaban hacer, porque la adoraban, y aunque villanos, no querían que las blancas manitas de la niña se estropearan con la rueca.

Y ella reía, cantaba, era feliz. ¿Feliz? no, no lo era completamente. El arroyo en que iba á mirarse, la tenía muy enojada, porque la retrataba siempre. —¡Qué fastidio, siempre lo mismo! decía y con su menudo pié, la caprichosa niña, hería las aguas, haciendo desaparecer entre mil círculos concéntricos la imagen que se pintaba en ellas. Luego aguardaba á que se serenaban para ver si copiaban otro semblante, pero en vano. El fiel cristal reproducía el rostro de Berta con una tenacidad que la irritaba. —¡Qué tonto! murmuraba haciendo un gracioso mohín de despecho, ¡no sabe hacer otra cosa!

¿Porque deseaba Berta, ver en el arroyo otro semblante que el suyo? Porque el amor, se le había entrado ya en el alma, sin saberlo ella.

II.

Un día en que, como todos los demás, había herido desdeñosamente la tersa superficie del arroyo, aguardó á que se aquietase, pero maquinalmente y sin saber lo que hacía. Un poder oculto la retenía en la orilla y con los ojos fijos en las ondulaciones del agua, que cada vez se iban haciendo menores. Desaparecieron al fin y el agua quedó tan tersa como un espejo de plata bruñida.

Entonces Berta dió un grito; su deseo estaba satisfecho. Ya no era solo su rostro el que aparecía en el líquido cristal; había otro y este otro era el de un mancebo de tez morena y naciente bigote, de larga melena y ardientes ojos, que sonreía amorosamente. Berta se llevó la mano al pecho, como si el corazón se le escapara y quisiera detenerlo y exclamó con alegría. ¡Oh, sí, ese era el que yo quería ver!

Después se inclinó para besar aquel rostro, pero antes de que llegase á tocarlo con los labios, desapareció y un suspiro resonó junto á ella. La niña volvió la cabeza; detrás de ella estaba un halconero, gallardamente vestido, con su toquilla coronada por una pluma de garza, con su jubon de gamuza, y sus calzas de grana. En la cinta llevaba un cuchillo de monte, y en la mano izquierda, cubierta por un guante, sostenía un neblí con pihuela y caperuza. Era Gonzalo Yañez, doncel del conde de Gandesa, el muy alto y poderoso señor Vasco Fernandez de Atienza.

Desde aquel día, Berta dejó de cantar, no volvió á triscar por el bosque, ni á coger flores en el prado, pero en cambio menudeó sus visitas al arroyo. Sus padres extrañaron que de alegre y atolondrada se hubiera vuelto repentinamente pensativa y melancólica.

—¿Amará ya? se dijeron.

III.

El conde de Gandesa pasó una tarde por delante de la cabaña de Berta; volvía de caza seguido de sus monteros y halconeros. Los alegres ladridos de la jauría y el cadencioso paso de los caballos, mezclándose á las vibrantes notas de las trompas que tocaban un alhalí, hicieron que la niña se asomase á la ventana. Buscó con los ojos á Gonzalo Yañez entre la lucida cabalgata para enviarle una sonrisa; en aquel momento, alzó el conde la cabeza y vió á la linda villana; nada dijo, pero su rostro se cubrió de una intensa palidez. Cuando lo notó Berta y quiso retirarse, ya no era tiempo, el conde se había enamorado.

Don Vasco Fernandez de Atienza, gozaba fama en toda la comarca de ser un terrible seductor. Decíase que guardaba en su castillo, muchas hembras nobles y villanas que había arrebatado á sus padres para hacerlas sus mancebas. Decíase que muchos de los chicuelos, sin padres conocidos, que había en el condado, debían sus días á la liberalidad del rico-hombre. Decíase que el conde de Gandesa, no reparaba en medio alguno para satisfacer sus deseos y que con la misma prodigalidad derramaba el oro que la sangre.

Al día siguiente el padre de Berta, apareció á la entrada del bosque cosido á puñaladas y nadando en un charco de sangre.

Gonzalo Yañez había desaparecido.

IV.

El conde de Gandesa se presentó en la cabaña de Berta para ofrecerle su protección y el castigo del asesino, que el vulgo veía en Gonzalo. La pobre huérfana no dió crédito á esta calunnia, porque Vasco Fernandez de Atienza la requirió de amores y esto fué un rayo de luz para ella; adivinó lo que había sucedido; el conde había asesinado á los dos únicos hombres que hubieran osado defenderla, su padre y su amante. Entonces su desesperación no tuvo límites, pensó en morir, pero ¿qué hubiera sido de su pobre madre, sola, anciana y ciega de tanto llorar? Berta se resignó á vivir para ella y ganó el pan co- siendo de día y de noche.

En tanto, Vasco Fernandez la seguía asediando y si aun no había empleado la violencia, era quizá porque ambicionaba poseerla de grado, voluntariamente. Pero nada alcanzaba, ofertas, ruegos, alhagos, lágrimas, amenazas, se estrellaban contra la inquebrantable firmeza y virtud de la villanía.

Y el orgullo de Vasco se irritaba, porque él era hermoso, hermoso como el príncipe de las tinieblas; más de cuatro ricas-hembras suspiraban por aquella hermosura bravía y satánica, por aquel corazón de fuego, aquel brazo de hierro y aquel carácter indómito. ¡Ah! exclamó un día, mordiéndose las manos de ira. ¡La paloma rechaza las caricias del halcón! ¡se atreve á desafiarme! bien está, ¡será mía aunque tuviera para ello que luchar con el mismo Dios!....

V.

Berta vacilaba ya; su mano derecha llagada por las heridas de la aguja, se negaba á coser, pero su pobre madre tenía frío y hambre y era menester co-

ser para comprar pan. Ante esta idea, Berta volvía á tomar la aguja; más apenas trataba de introducirla en la tela, se le quedaba clavada en el dedo. Parecía que el infierno se había conjurado para atormentar á la pobre niña, para poner á prueba su virtud y hacerla caer.

Una noche que había permanecido velando hasta muy tarde, rindióse al cansancio, quedóse dormida y soñó. Soñó que el conde de Gandesa había hecho un pacto con Satanás.—Si haces que Berta me ame, le había dicho, te doy mi alma.—Yo no puedo hacer eso, le contestó Satán, pero puedo tentarla; si tú me entregas el alma, yo encantaré todas las agujas del mundo.—¿Y qué ganaré con eso? ¿para que me servirán tus agujas encantadas?—Para que no pueda coser sin herirse la mano, y no pudiendo coser, le falte el pan y el abrigo que ella y su madre necesitan. Luego... Berta es buena hija, la miseria mala consejera.—¡Ah, si, comprendo, será mial y el conde se sonrió como un condenado.

VI.

Dos golpes secos resonaron en aquel momento. Berta despertó y vió que ya era de día; había salido el sol y los pajarillos cantaban alegremente.—¡Dios mio! se dijo ¡cuánto he dormido! ¡qué sueño tan terrible! ¿será verdad?

Volvieron á sonar otros dos golpes en la puerta de la cabaña; entonces Berta corrió á abrirla y halló en el dintel un peregrino que, dándole los buenos días, le pidió que le permitiera descansar unos instantes.

—Padre, le dijo la niña, entrad y bien venidos seais; quisiera poderos dar algun alimento, pero soy tan pobre, que ni aun pan tengo para mi.—¿Porqué no trabajas, hija mia? Dios protege al laborioso y aunque la miseria llegue hasta su puerta, jamás se atreve a entrar.

—Pero yo no puedo trabajar, padre. Ved mi mano, toda ella es una llaga; cada vez que tomo la aguja, se me clava en la carne; y Berta, llorando, contóle el sueño que acababa de tener.—No te aflijas hija mia; Dios te salvará, si eres buena y constante. Toma esta concha y colócatela en el dedo; la he sacado del mar de Tiberiades, sobre cuyas aguas caminó el Salvador; y el peregrino, le entregó una conchita blanca y cónica que se adaptó perfectamente al dedo de Berta.—Ten fé, añadió y Dios te devolverá la felicidad.

VII.

Berta, llena de fé, se puso á coser, apenas hubo desaparecido el peregrino, y ¡cosa extraña! la aguja no la volvió á herir, y la protectora concha fué curándole poco á poco la mano. La alegría renació en la cabaña, Berta volvió á ganar el pan, y arrodillada ante una imagen de María, no cesaba de darle gracias, pidiéndole que completara su ventura, trayéndole á Gonzalo. Besaba una y mil veces la concha milagrosa y cuando concluía de coser, la guardaba en el seno como una reliquia.

VIII.

Vasco Fernandez de Atienza, vió que la diabólica invencion, de nada servía, y decidió emplear la fuerza. Una noche, al toque de ánimas y mientras Berta cosía, penetró hasta ella, y sin darle tiempo

ni aun para gritar, la cogió por la cintura, la levantó en alto y...

En aquel momento, Berta creyó ver al peregrino que se acercaba con un puñal en la mano; oyó al conde dar un grito horroroso, luego sintió un golpe violento y se desmayó. Cuando volvió en sí, el conde y el peregrino habían desaparecido; Gonzalo y su madre se hallaban á su lado.

IX.

El cadáver del conde de Gandesa fué hallado al día siguiente en el mismo sitio donde, un año antes se encontró el del padre de Berta. Gonzalo había llegado de Palestina á donde se supo que lo había enviado el conde.

Berta y Gonzalo se casaron. La muerte del señor de Gandesa y la desaparicion del peregrino, dieron pasto á las hablillas de las comadres durante quince dias; y aunque de diferente manera contaban el suceso, convenian todas en que era justicia de Dios, cuya cólera había colmado el muy alto y poderoso señor Vasco Fernandez de Atienza, conde de Gandesa.

Lectoras mias, si no os ha gustado la historia, volved á tomar la costura y perdonadme que os haya robado algunos minutos, pero pensad alguna vez en vuestro dedal.

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

POESÍA.

¡TODO NEGRO!

Pardas nubes, negras sombras
que envolvéis mis pensamientos
y dais al alma tortura,
idos muy lejos, muy lejos.

Pasaron aquellos dias
encantadores, risueños
en que en pos de una esperanza
volaba con pié lijero;
aquellas horas de amores,
aquellos blancos reflejos
con que mi mente de niño
se estasiaba en dulces sueños,
y ya de mis alegrías
solo me quedan recuerdos
borrados por la amargura
y cambiados por el tiempo.
Ya para mí, las azules
tintas, ha perdido el cielo:
las alboradas son tristes,
los jardines campos secos,
y en el cristal de los lagos
solo miro inmundo cieno.
¡Y aun está tersa mi frente,
aun no está blanco el cabello,
y sin embargo mi alma
ya todo lo encuentra negro!
¡Pobre corazon! ¡Dios mio,
arrancad de mi cerebro
estas nubes que lo oprimen

con sus negrísimos velos.

Pardas nubes, negras sombras
que envolveis mis pensamientos
y dais al alma tortura,
idos muy lejos, muy lejos.

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

LA PÁTRIA.

¡Pátria! luz de mis ojos, suave aliento
Del hombre que en tí sueña noche y día;
Recuerdo y esperanza, grato acento
Que lleva al corazón dulce ardimiento,
Himno de gloria, amor del alma mía.

La hada eres tú de inmenso poderío
Que tiene hechizo que á mi pecho cuadre;
Que eres el sol, el templo, el claro río,
La lira del poeta, el marmol frío
Del sepulcro, el hogar y eres mi madre.

Sol que esparce la rubia cabellera
Las nubes dibujando con su brillo,
Y que pára su lúcida carrera
Ansioso de mirar de la alta esfera
Los cuadros de Velazquez y Murillo.

Templo que eleva hasta el zénit la frente
De Dios guardando el misterioso arcano,
Y en cuya nave, cual rumor de fuente
Se oyó á Teresa el canto, y do potente
Tronó la voz del Ciceron cristiano.

Río flébil, espejo de la luna,
Que entre los sauces y las espadañas,
Imágen de la aligera fortuna,
Y que sonoro cuenta una por una
Del Cid y de Pulgar altas hazañas.

Liras de Calderon y de Cervantes,
Que vienen á pulsar con harto empeño
Del Tamesis y el Rihn génius brillantes...
Y sus cuerdas responden suspirantes
La vida es delirar, la vida es sueño.

Sepulcros de los muertos de otra era
En nocturna reunion buscan recinto,
Y allí exponen su cuita lastimera
Aute los manes de Isabel primera
Y la sombra inmortal de Carlos Quinto.

Santo hogar do al calor de roja lumbre
En las noches de invierno silenciosas,
Aprendimos la dulce mansedumbre
Que Jesus enseñó á la muchedumbre
En parábolas fáciles y hermosas.

Madre, que con su sangre bendecida
Y en los besos de amor que el alma entraña,
Nos dió la fé cristiana con la vida
Diciendo al par al alma estremecida,

Que la Madre de Dios, Madre es de España.

¡Pátria! luz de mis ojos, yo te adoro,
Reina de majestad, sábia y potente,
Los hijos que en su amor hallan tesoro
Manto te guardan de escarlata y oro,
Besa su noble, generosa frente.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

EN LA PUERTA DEL SOL.

—Hechicera modista,
De airoso talle,
De sonrisa graciosa,
Rostro de ángel,
Cabellos de oro
Y de dulces y lánguidos
Azules ojos;
¿Dónde vas tan de prisa?
Oye un momento,
Atiende, bella niña,
Mi pobre acento...
—Miosté, tío mosca,
Que en el lío no llevo
Miel, sino ropa.

RAFAEL QUINTANA MEDINA.

NOTICIAS.

El martes 22, tomó posesion de su cargo el nuevo beneficiado de esta catedral, D. Manuel Sanchez Herrero.

Mejor informados del asunto, nos apresuramos á rectificar la noticia que en el número anterior dimos, con respecto al nombramiento de sacristan mayor y coadjutor de la catedral. Aun no se ha designado persona alguna para tales cargos.

Ayer se celebraron con motivo del enlace régio los siguientes festejos públicos.

A las siete de la mañana la banda de música tocó una brillante diana á las puertas de los señores Alcalde y Gobernador.

A las nueve celebróse en la catedral una misa solemne, concluida la cual se entonó un *Te Deum*.

A las once formaron en la plaza mayor las tropas que constituyen la guarnicion, y se descubrieron por los Sres. Gobernador y Alcalde, los retratos de los augustos cónyuges que estaban espuestos bajo un dosel en el balcon de las casas capitulares, é inmediatamente repartieron á los pobres mil libras de pan en el hospital militar.

A las tres de la tarde, hubo bailes y cuecañas. A las ocho de la noche, se quemaron vistosos fuegos artificiales y á las nueve comenzó en el teatro principal un gran baile de invitacion.

Hoy jueves 24 habrá entre otras cosas, una gran corrida de vacas, y por la noche en el teatro de la zarzuela una magnífica funcion semi-oficial.

SECCION DE ANUNCIOS.

EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y ARTES.

VEÁNSE LAS CONDICIONES EN LA PRIMERA PLANA.



ANIVERSARIO DE LOS SEÑORES

DON ALEJO TURRIENTES, DE SU ESPOSA DOÑA INES CAYETANO

Y DE SU HIJO DON JULIO TURRIENTES.

En los dias 30 y 31 del corriente y 1.º de Febrero próximo, tendrá lugar respectivamente los ANIVERSARIOS de dichos señores en la Iglesia parroquial de S. Isidoro á las 9 de su mañana; los señores sacerdotes que en tales dias deseen decir misa en dicha parroquia y aplicarla por el eterno descanso de los finados, se entenderán con el presbítero D. Ramon Guzman que es la persona encargada al efecto.

LOS HIJOS Y HERMANOS RESPECTIVAMENTE DE LOS FINADOS D. PEDRO Y D. RAMON TURRIENTES,

Ruegan á sus amigos se sirvan encomendarles á Dios.

EMPRÉSTITO**DE 175 MILLONES DE PESETA.**

SE COMPRAN LÁMINAS DE DICHO EMPRÉSTITO, esten enteras ó solamente los nueve décimos, á los precios siguientes:

Láminas completas, ó sean con los diez décimos al 23 por 100.

Idem con los nueve últimos décimos al 20 por 100.

Tambien se compran recibos provisionales de dicho Empréstito ó sean los talonarios cedidos por las Recaudaciones de contribuciones, pagándolos á diferentes precios segun sus fechas.

En la imprenta de este periódico se dará razon á los interesados.

Mercado de Ciudad-Rodrigo, 22 de Enero.—Trigo candeal, de 40 á 42 rs. fanega.—Id. barbilla, de 37 á 39 id.—Centeno, de 23 á 25 id.—Cebada, de 22 á

24 id.—Algarrobas, de 18 á 20 id.—Garbanzos, de 70 á 100 id.—Patatas, de 2 á 3 reales arroba.—Aceite, de 78 á 80 reales cántaro.—Harinas, de 1.º á 16 rs. arroba.—De 2.º á 15 id.—De 3.º á 13 id.—De 4.º á 8 id.—Menudillo á 6 id.

EN LA CONFITERÍA Y PASTELERIA DE Francisca Badillo, Campo del Lino, núm. 3, vuelve á espenderse *Turrón de Alicante*, confeccionado nuevamente, por haberse concluido el que hizo para Navidad.

EL MATRIMONIO EN ROMA,
ENSAYO HISTÓRICO-JURÍDICO
POR FERNANDO ARAUJO GOMEZ.

Un elegante volumen en 8.º, encuadernado á la rústica. Se vende á 6 rs. en toda España y 5 para los suscritores á EL ECO DEL TÓRMES. Los pedidos al autor, Patio de Escuelas, 4; ó á la librería de don Eugenio Calon, Zamora, 5.—Salamanca.

miento. Ignoro cuanto tiempo permanecería en aquel estado, pero cuando volví en mí, noté que me transportaban en una litera, una *sandapila*, un vehículo en fin, que se balanceaba á compás. Los pasos de mis *lecticarios* resonaban sobre el empedrado con uniforme cadencia. Incorporéme sobre el codo y pude cerciorarme de que mi herida, aunque dolorosa, era muy leve. Entonces alcé el paño que habían arrojado sobre mí y vi en efecto, que iba metido en una *sandapila*, llevada al hombro por cuatro *vespillones*. En un momento formé mi plan y aguardé una coyuntura favorable para ponerlo por obra. Llegamos á los portales del JanusSummus y allí los *vespillones* depositaron en el suelo su carga y se detuvieron á descansar. Este era el instante oportuno para llevar á cabo mi proyecto y tuve buen cuidado de aprovecharlo. Salí de la *sandapila* y me deslize sigilosamente á lo largo de la calle, protegido por la densa oscuridad de la noche.

Poco tardé en conocer vuestra situación y apenas hubo amanecido, fuíme resueltamente á buscar á Cornelio Cinna. Fuimos amigos en la infancia, y aunque las luchas políticas nos hayan separado luego, nunca hemos dejado de estimarnos. El me ha concedido el senado-consulta á condicion de que Lépido y yo prometamos separarnos de la conjuración.

De nuevo comenzaron las protestas de gratitud hácia Eburno.

—Fábia, contestó él abrazando á su hermana, en adelante guárdate de ocultar nada á tu esposo, y tú, Fulvio, añadió, procura tener más confianza en la mujer que has elegido por compañera.

—No, ¡yo sola soy la que ha causado tantos males! balbuceó Egeria, pero ¿me perdonareis, hermanos míos?

Fulvio y Fábia se inclinaron para abrazarla.

—¡Perdonarte! exclamó Eburno deteniéndolos con un gesto significativo; no, me opongo á ello. Es necesario imponeros á ti y á Lépido, el castigo que mereceis.

Lépido dirigió á su amigo una mirada interrogadora. —Sí, exclamó Fulvio tomando las manos de ambos jóvenes y uniéndolas, tiene razon Eburno, es preciso castigaros y he aquí el castigo que os impongo.

XXI.

LXX.

Pocos días despues, y pasado que hubieron las fiestas de los muertos (1) celebróse el matrimonio de Lépido y Egeria, con la ostentacion que era de esperar, tratándose de un descendiente de Venus, (2) y de la hija de un triunfador.

A la hora en que comienza á brillar la luz de *Vesper*, un lucido cortejo, salió de la Via-Sacra y por la calle de Espaderos se dirigió al barrio de las Carenas, donde vivía Lépido.

Egeria vestía el velo rojo de las desposadas y una túnica blanca cuyo cinturon de lana, solo el esposo debía desatar. Su peinado estaba compuesto de seis trenzas que habian dividido con el hierro de una lanza, y una guirnalda de verbenas rodeaba su pudorosa frente.

Fábia y Emilia la madre de Lépido, marchaban á su lado llevando la una, un huso y la otra una rueca. Precedíalas un monaguillo (3) arrojando nueces y las seguía una multitud de muchachas con flores, tórtolas y perfumes. Los músicos entonaban sus más dulces melodias epitalámicas y los escl-

(1) *Feralia*. Se celebraban el 18 y 21 de Febrero de cada año. Los romanos creían que eran funestos para casarse estos días y el 9, 10, 11 y 13 de Mayo en que se celebraban las *Lemuria*.

(2) La *gens Emilia*, aseguraba descender de Emilio hijo de Ascanio y nieto de Venus y Eneas.

(3) *Camillus*.

vos alumbraban el camino con hachas de viento.

Al llegar á la casa conyugal adornada con flores y cintas, salió el novio y tomando por la mano á la novia, la condujo al átrio y la entregó las llaves.

Luego quemaron incienso juntos, é hicieron copiosas oraciones en honor de Jugatino, Domiduco y Manturna. (1)

XXII.

No nos detendremos en describir el banquete de boda, al cual concurrió toda la buena sociedad romana. Cada convidado, que lo habia sido por tarjeta, llevó su sombra consigo (2) y el mundo elegante tuvo para hablar una semana, con las mesas, los lechos, la vajilla y los manjares que habia presentado el fastuoso Lépido.

Al día siguiente, muy de mañana, una magnífica *carruca* tirada por cuatro mulas españolas y escoltada por veinte gladiadores, salía de Roma al trote largo por la puerta Capena,

Dentro de ella iban los dos recién casados, Eburno, Fulvio y su esposa que se dirigían á Cápua para pasar allí la primavera.

FIN.

(1) Divinidades nupciales.

(2) *Umbra*. Compañero que todo convidado tenía derecho á llevar al festín.

—¿Estais loco? replicó el pretor.—La cabeza de Lépido y la vuestra están puestas á precio.

—Os engañais, exclamó Eburno sonriéndose. Ved aquí nuestro indulto firmado por los padres conscriptos.

Y sacando del seno, un papiro enrollado lo puso en manos del pretor.

XX.

Una hora más tarde, Fábía, Egeria, Fulvio, Lépido y Eburno se hallaban reunidos en casa del primero.

Imposible sería describir la alegría que animaba á aquellos cinco seres, despues de tantas y tan dolorosas emociones como habian experimentado en pocas horas.

Fábía fué la primera á abrazar á su hermano, llorando de placer.

—¡Hermano mio! le dijo Fulvio, estrechando sus manos.

—¡Eburno! exclamó Lépido.

Egeria guardó silencio pero le envió una mirada y una sonrisa más elocuentes que cuanto pudiera espresarse con los lábios.

Eburno estaba realmente conmovido y para disimularlo, exclamó con tono chancero:

—¡Por el tirso de Baco! eso es, mimadme, abrumadme con vuestras caricias. Os lo permito á condicion de que no habré de ver más lágrimas en vuestros ojos!

—¿Cómo has obtenido ese senado-consulta que acaba de salvarnos? preguntó Fábía.

—Si, ¿cómo? repitieron todos.

—Muy sencillamente; os lo contaré en pocas palabras. Luego que caí herido por la espada de Fulvio, perdí el conoci-